

Ramón J. Sender

# El Superviviente



Sender ya nos ha ofrecido anteriormente obras que tienen como marco la guerra civil española; recordemos, por ejemplo, *Los cinco libros de Ariadna*, en las que plasma muchas de las vivencias experimentadas personalmente durante su época de militante en el sector republicano. En esta ocasión nos relata la historia de Vares —a quien todos llaman el Superviviente—, un hombre que sorprendentemente supo vencer a la muerte tras haber sido fusilado y gravemente herido por los nacionales y que a partir de entonces, trasladado a los servicios de contraespionaje, trata sádicamente de vengar ese trágico trauma ayudado en sus matanzas por Paquita, espía y amante. Esta trama argumental de un realismo sobrecogedor es llevada de mano maestra por Sender, que pinta una situación de la pasada contienda en la que posiblemente la realidad supera a la ficción.

*A los jóvenes españoles que  
no conocieron la guerra civil.*

## Un comienzo raro

En mi amor por mis amigos, por los animales, por las cosas incluso, está mi amor por mí mismo y también la base de mi entendimiento con la vida.

Hasta en mi amor por las cosas más nimias, como un par de zapatos viejos o un llavero de bolsillo de esos que hacen los japoneses con su cajita colgante dentro de la cual hay una sonería de música de *geishas*, todas las cosas tienen una proyección en el mundo de las *representaciones* como diría Schopenhauer y por ella nos ligamos nada menos que a nuestro creador.

Ese creador que al parecer no conoceremos nunca, aunque yo he creído siempre que lo llevamos dentro.

Tal vez me equivoque y sea un truco de mi estúpido ego. En fin, ahora estamos en marzo y en América. Es el mes en que debo podar los rosales bajo un cielo encapotado de blanco, con claraboyas azules que a veces parece habitado por grandes monjas linfáticas. Se aproxima la primavera. Por la noche hay luces desveladas en el cielo.

Y ya que hablamos de monjas y de lunas:

*Han traído a la monja  
de las membranas de oca entre los dedos  
su cabeza ancha y blanca es una esponja  
impregnada de sabores acedos  
y hay a su lado un gajo de toronja  
sobre mi yo vertiendo  
secretos radiactivos  
como la luna misma reluciendo.*

También podría haber dicho en los dos últimos versos:

*y una ignorancia en orden  
como la ciencia misma sonriendo.*

Porque la más alta sabiduría no es en definitiva sino una forma de poner en orden nuestra ignorancia. Los recuerdos ayudan mucho, porque cada uno está impregnado de eso que podríamos llamar esencialidades fulminantes. Que son las mías. O quisiera que fueran. He enviado una nota al conde Alef de Ghizé (lo llamé por teléfono y no contestaba nadie) diciéndole que hay una novela estupenda de Puskin: *La hija del capitán*, hecha película en colores y titulada *Pugachev*.

Le digo que venga con Eleanor a verla (ellos viven a cuarenta millas de aquí). Estoy seguro de que el conde se dará dos horas de festín con nostalgias, evocaciones, sueños, frente a la pantalla. Y después vendrán los dos a casa y comerán con nosotros. O tal vez (lo más probable) nos llevarán a comer con ellos a alguna parte. Eleanor odia la idea de que sus amigos trabajen en la cocina cada vez que tengo invitados, y no le falta razón. Entonces iremos a Western Skyes, un lugar de veras atractivo.

Alef es un conde ruso que simpatiza con los soviets y no ha querido hacerse americano porque tendría que renunciar a su título nobiliario.

Así pues, aunque casado con una *new-englander* y teniendo dos hijas nacidas aquí (yo conozco a una de ellas muy hermosa) Alef no es ciudadano americano. Su deseo de conservar el título no es una manifestación de esnobismo sino el gusto de mantener algún lazo formal (además de los de la añoranza) con su tierra soviética o no. En cierto modo es un argumento poético. Porque aquí ser conde no tiene importancia social. Ni duque.

Ni siquiera rey.

Recuerdo que durante la segunda guerra mundial, cuando yo estaba en Massachusetts, la reina Guillermina de Holanda vivía cerca de mi casa y a veces entraba ella misma a comprar algo en un *drug store*. El empleado al verla llegar le sonreía familiarmente y le decía:

—*Hello, queen*. Es decir: «Hola, reina». A ella le hacía gracia y le gustaba eso, lo mismo que le hizo gracia a Alef cuando supo que algunos que le tenían envidia y se las daban de graciosos lo llamaban «el conde de Montecristo».

Alef era rico, pero vivía sin ostentación. Noble, pero lo era más por su conducta que por sus pergaminos. Ayudaba anónimamente (sin que ellas lo supieran) a dos huerfanitas americanas cuyo internado en un caro colegio de París pagaba. Otras cosas parecidas hacía con la misma discreción. Requiere cierta refinada delicadeza ser conde y ser rico y a él no le faltaba ninguna de esas cualidades.

Además era de una cultura (en artes y ciencias) como no he visto nunca en ningún amigo mío. Y sabía castellano. Lo sabía tan bien como yo mismo y a pesar de su edad que casi doblaba la mía tenía un oído receptivo para matices modernos de sensibilidad, como cuando le recitaba abusando un poco de su paciencia:

*Recuerdo por entonces a los niños sangrantes alineados en el verde fuego*

*entre ellos figuraban los parvos comulgantes cuyo olor molestaba al cura ciego.*

*Recuerdo los equívocos de la sangre frenada.*

*¡Oh, novia del obispo leproso, en mi ajimez*

*había un bramar solo y venatorios*

*ecos de parturienta de los que Pío diez*

*decía que eran meritorios!*

*¡Oh, novias de la jerarquía sigilosa!*

*Un valle tras del otro los hierros nos seguían*

*—no estaban nunca donde estaban antes—*

*en ellos los murientes resignados veían*

*las procesiones de los flagelantes.*

*(Y en valles sucesivos la crueldad persevera).*

Alef me preguntaba:

—¿Sugestiones del tiempo de la guerra? —yo afirmaba y él seguía—: Sí, es inevitable. Como a todos los que han pasado por esos trances a usted no se le olvidarán nunca.

Yo le había prometido contarle un episodio realmente excepcional de mis experiencias en la guerra civil y él no olvidaba mi promesa. De vez en cuando me decía en su casa:

—Cuéntemelo.

—Es largo.

Eleanor, que tenía una sensibilidad aguda y que pintaba al óleo muy bien, me suplicaba:

—Pero, por Dios, no dramatice.

El conde y yo reíamos. No se puede menos de dramatizar hablando de experiencias de la guerra. Yo le dije a Eleanor:

—Todo lo que puedo asegurar es que no seré retórico ni efectista porque no lo he sido nunca. Pero además no he dicho todavía que esté dispuesto a contarlo delante de usted, Eleanor.

—¿Tiene inscrito el *copyright*? —decía ella, en broma.

Eso me dio una idea:

—Le contaré aquel episodio si pone Alef una grabadora mecánica y luego lo damos a copiar a una mecanógrafa.

—¿Tan largo es? —preguntaba, temerosa, Eleanor.

Alef se ponía tolerante y simpático:

—Por largo que sea te parecerá corto. Yo conozco a nuestro amigo.

Les prometí que un día próximo se lo contaría. Era la historia verdadera de un amigo mío a quien fusilaron, pero siguió viviendo. Es decir, escapó milagrosamente vivo, por algún tiempo.

Eleanor encontraba aquello misterioso y dramático, pero yo le dije que no lo eran nunca las cosas que sucedían en la realidad comprobable y comprobada. El drama comienza con las palabras de una imaginación enferma. Yo no

solía emplearlas porque ni estaba enfermo ni necesitaba usar mi imaginación.

Más tarde, solo en mi casa y en la cama, mientras llegaba o no el sueño, pensaba en aquellas cosas a mí manera. Es decir, no pensaba sino que percibía y sentía en mi mundo más o menos consciente todo aquello.

Y una voz secreta me seguía diciendo cosas raras, pero veraces. No podía menos de pensar que en la tragedia de España la Iglesia había tenido una parte principalísima y por lo tanto culpable, y todavía hoy en la feria de Roma se encubre el verdugo que al cielo nos empuja y bajo del cimborrio de la luna, riendo alza su palio la prelada más bruja, en la era romana cuyos tronos flamean.

Pero había que darse cuenta de la realidad de las cosas: Vistos del exterior todos los penitentes, enamorados e incomprendidos, somos igual que Dios vagando en los ardientes laberintos de los malentendidos. Vistos del exterior nadie comprende a nadie. Por otra parte junto del criminal detrás de las mesnadas del invierno también Dios se estremece cuando ve en el que reza su imagen encarada con lo eterno. También en ese criminal que somos cada uno, en invierno o verano.

Iba yo entrando en el sueño: Torcida la cadera, torcido vuestro pie, volved por la distancia aquiescente y quizá encontraréis el cómo y el porqué y el reverso sin nombre del presente. Torcida la cadera y la fe agudizada. Pero callad sabiendo cuál es la voz que espera, no digáis esas voces del reverso, que en la magia del área secreta de la esfera, pueden aniquilar nuestro universo. No las digáis aún ni siquiera en voz baja.

Me dormí pensando en una amiga con nombre ultraamericano: *Betsy* y recordando los versos de Baudelaire:

*Entre tant de beautés que partout on peut voir  
Je comprends bien, amis, que le désir balance  
Mais on voit scintiller en Lola de Valence*

*Le charme inatendu d'un bijou rose et noir.*

Luego, el recuerdo de Betsy era sustituido por el de una amiga española llamada Paquita. Mucho más amiga de Vares que mía, y ustedes comprenden.

## I. El superviviente Vares

Como yo temía —porque no me gusta hablar de cosas demasiado patéticas—, una noche después de cenar en casa de los Ghizé me pusieron un magnetófono delante y Alef soltó a reír y dijo:

—No hay salvación.

—Bueno, lo contaré. Es algo que sucedió aunque parezca increíble. Fue uno de esos errores siniestros que se dan en la atmósfera de las guerras civiles y en esos intervalos sórdidos que hay entre las pasiones, las ideas y los instintos criminales de la gente.

Mis amigos me escuchaban y yo me encontraba en vena de confidencias y seguía:

—El hombre es un animal que necesita matar y mata unas veces de una manera estúpida, otras de una manera más o menos inspirada y siempre con sobretonos cantarines, líricos y gozosos, con himnos cara al sol o de espaldas al sol. Necesita matar y copular y volver a lo uno y a lo otro con una frecuencia igualmente atractiva e igualmente obstinada y tenaz.

Mientras no puede hacer lo uno ni lo otro trabaja, no para crear algo, sino para comer, beber y seguir en la tesitura de copular, fecundando o no, y de matar cada vez que se presenta la ocasión.

Esta segunda ocasión fue en Guadarrama el 28 de julio de 1936. Mandaba el frente el general Asensio con ese aire soñoliento y aburrido que toman los generales cuando no pueden matar personalmente, sino por delegación, ni copular porque en el frente no hay hembras. Y el protagonista

del asesinato fue el que más tarde llegó a ser conocido como comandante Vares, un nombre falso. El protagonista no fue el asesino sino la víctima. Cosa rara, ¿eh? Me refiero al primer incidente, que da lugar a esta narración.

Fue una víctima que sobrevivió.

Lo fusilaron los fascistas sin lograr matarlo. Una de esas cosas raras que suceden en las guerras civiles. Viven hoy todavía muchas personas que se acuerdan de ese caso lo mismo que yo. Es decir, no tan bien como yo, porque yo era amigo de Vares.

Era Vares en aquel frente mi mejor amigo. Hombre culto que se interesaba mucho por los problemas de la siquiatria moderna, aunque no era su profesión. Más que el soldado usual de las guerras civiles —un soldado político, es decir, partidario apasionado de una bandera— estaba en el frente como curioso espectador. No hay que engañarse, sin embargo. Tenía profundas convicciones democráticas y una ametralladora a su cargo.

Lo que le sucedió se cuenta fácilmente. Alguien mandó rectificar algunas trincheras hacia adelante y en una descubierta matinal los *fachas* atraparon a Vares. Sin llevarlo a la comandancia y sin juicio ninguno lo arrimaron a un ribazo y le pegaron cinco tiros. Así de simples eran entonces las cosas.

Pero Vares no recibió ninguna herida mortal, volvió corriendo a su trinchera cubierto de sangre —rostro, manos, pantalones— y dando rugidos. Fue para mí también una experiencia horrible. Creí que la muerte —la mía— toda mi sangre rota y roja me caía encima. También yo grité como él:

—¡Oh, los hijos de la gran puta!

Llamé a los sanitarios que le hicieron las primeras curas —diez heridas, cinco de entrada y otras tantas de salida— y lo llevaron a El Escorial, dos kilómetros más lejos, donde había un hospital de sangre con todos los servicios. La mayor preocupación de los médicos al llegar la ambulancia

era, como siempre, saber si Vares tenía alguna herida en el vientre.

Por fortuna no fue así. Y decían asombrados: «¡Qué fortuna, la suya! ¡Qué suerte ha tenido!». En cuanto a Vares seguía repitiendo:

—¡Oh, los cabrones, maricas, hijos de la gran cerda!

Resultaba cómico porque no se sabía si se refería a los médicos o a los fascistas.

Desde mi trinchera tiramos alguna granada y dos morteros que debieron hacer pupa. Espero al menos que atrapamos a alguno de los culpables.

Pero así son las cosas. Nosotros no éramos menos hijos de puta que ellos aunque fueron ellos los que habían comenzado la guerra y nosotros nos defendíamos como podíamos. También con himnos, canciones y gozosos fusilamientos y cañones y aviones. Y paseos en la Casa de Campo y en la Moncloa.

En fin, ya se sabe. Lo de todas las empresas bélico-patrióticas: redimir a tiro limpio a la nación y a la humanidad.

Como se puede suponer, cuando Vares salió del hospital era un hombre distinto. Los ojos más hundidos, los arcos de las cejas más altos e hirsutos, más pálido también por la pérdida de sangre, y la línea de la boca torcida. Le faltaban cuatro dientes y tal vez para disimular su voz quebrada hablaba lo menos posible.

Por la misma razón quizá —para ocultar la falta de dientes— no sonreía nunca.

Hablaba muy poco. Antes de que lo fusilaran era un hombre locuaz, pero parecía haber quedado mudo. Lo llamábamos «el superviviente» y a él no le parecía mal. Algunos soldados campesinos lo entendían a su manera y decían «el sobreteniente» o el «teniente mayor». Otros «el fusilado» y algunos «el resucitado».

Todas estas cosas incongruentes parecían al mismo tiempo cómicas y trágicas. Vares las oía y no sonreía nunca. No eran cosa de risa, claro.

Hablaba Vares en tono menor y parecía siempre un poco ausente. Dejó el uniforme y pasó a ser uno de los dirigentes secretos del servicio de información militar. Vestía traje civil oscuro y había enflaquecido mucho. La nariz más afilada, las mejillas más cóncavas. Un capitán que había sido muy amigo suyo le dijo un día.

—Vares, tienes una cara póstuma.

Y él lo miró fríamente a los ojos y le dijo a media voz como siempre y sin aparente ofensa:

—¡Tu puta madre!

Al adelgazar parecía haber crecido (era alto ya por naturaleza). El mismo que le había dicho lo de la cara póstuma solía decir que había dado el estirón de los que mueren y que debían ascenderlo. Un coronel mexicano de artillería en lugar de llamarlo Enciso (era el nombre del superviviente) lo llamaba Occiso porque en México a los muertos los llaman así: occisos. Vares Occiso. El mexicano hablaba de buena fe.

Yo creo que Vares iba acumulando bilis con todas estas cosas. ¿Por qué había de querer nadie divertirse con su fusilamiento? Venía de una familia de la clase media acomodada gallega. Vares es un pueblo de Lugo. Su padre tenía tendencias conservadoras, aunque no fascistas. Eran el padre y el hijo personas de costumbres refinadas, claros de mente y firmes en sus convicciones. El padre era eso que llamaban en mi juventud un conservador-liberal, como creo haber dicho.

Vares había estudiado ciencias físicas —la siquiatria era su segunda afición y su lujo—. La guerra interrumpió su carrera en la que parecía poner grandes esperanzas e ilusiones. Y allí lo teníamos. Yo creo que después de su fusilamiento se hizo inhibido, secreto y receloso. No es raro. También bronco, tenso y vibrador como la cuerda más baja de un arpa. O de una guitarra.

Por decirlo de algún modo.

Al Superviviente, de la cara póstuma y al occiso, algunos desconocidos que sabían lo que le había pasado le llamaban también el teniente fantasma.

Como se puede suponer él no hablaba nunca de aquello.

La verdad es que merecía cualquiera de esos nombres, pero sólo toleraba el de Superviviente, que parecía llevar consigo algo razonable y meritorio.

Habíamos dejado de vernos porque él andaba por otros rumbos. Yo seguía en el ejército y en el frente y él se dedicaba a misteriosas actividades, y aunque nunca acertaba yo a imaginar cuáles eran suponía que dirigía el contraespionaje en algún sector de la retaguardia. Con un celo y hasta un ensañamiento naturales.

No podía menos de ser así.

Aunque había sido un hombre honrado, buscaba entonces oportunidades de venganza. No estamos hechos de materia angélica, es decir, de alfeñique. Y como él diría — en lenguaje de siquiatra— necesitaba reconstruir su ego roto a balazos. Cinco balazos. Uno por cada sentido: vista, oído, olfato, gusto y tacto. Sin embargo gozaba mucho más que nunca de este último. Con Paquita, amiga mía.

Alef no acababa de entenderlo:

—¿Cinco balazos?

—Cinco, y dos de ellos en la cabeza. Uno entró por el temporal derecho y salió por el izquierdo.

—¡Imposible!

—Eso creía yo también, pero no fue el único caso en la guerra. A veces las balas toman direcciones absurdas y la que hirió a Vares en el temporal derecho dio la vuelta al cráneo por arriba y fue a salir por el temporal izquierdo sin herir el cerebro.

—¡Pero le dieron otro balazo en la cabeza, según dice!

—La otra bala le cruzó las mejillas rompiéndole cuatro dientes. Las tres balas restantes fueron en los flancos, debajo de las costillas y en la ingle izquierda.

—Cualquiera pudo haberlo matado.

—Cuestión de milímetros, Alef. Y la primera reacción de Vares fue vengativa como es natural, pero aparentemente serena y reflexiva porque me escribía en un block (no podía hablar aún): «Esto no es una guerra. El asesinato en las guerras es impersonal. Esto es una acumulación de matanzas de persona a persona. Como bellacos degenerados. Como gorilas borrachos. En las guerras internacionales y por decirlo así legales es el *id* el que mata. En ésta es el miserable ego».

Alef se quedaba pensando que para llegar a aquellas síntesis Vares tenía que ser algo más que un pobre diablo. Su manera de entender las cosas no era sólo pintoresca.

Yo dije:

—Pero no termina ahí todo. Esto no es más que el comienzo.